

tan largo tiempo como Dios quería que vivieran. Mas ¿qué decir de ellos? Enoch, por haber agradado a Dios, fué trasladado<sup>b</sup> en el cuerpo mismo en que había agradado a Dios, prefigurando así el traslado de los justos, también Elías fué asumido<sup>c</sup> tal como se hallaba en la substancia de su carne modelada, profetizando la asunción de los padres.

Su cuerpo no fué obstáculo ni para aquel traslado, ni para esta asunción; porque por aquellas mismas Manos por las que fueron modelados al principio, recibieron la asunción y traslación. Porque las Manos de Dios estaban acostumbradas en Adán a dirigir, sostener y cargar la obra modelada por ellas y transportarla allí donde ellas quisieran. Por tanto ¿dónde fué colocado el primer hombre? Sin ninguna duda en el paraíso, tal como dice la Escritura; «Y plantó Dios un jardín en Edén, al Oriente y en él puso al hombre que había formado<sup>d</sup>. El cual fué expulsado de allí a este mundo por haber desobedecido. Por eso los presbíteros, que son los discípulos de los Apóstoles, dicen que han sido trasladados allí los que han sido trasladados —en efecto para los hombres justos y portadores del Espíritu había sido preparado el paraíso, adonde, trasladado también el Apóstol Pablo, oyó palabras indescriptibles para nosotros al presente— y que permanecen allí hasta la consumación de los siglos los que han sido trasladados, preludiando así la incorrupción.

5,2. Mas si alguien juzga imposible que los hombres permanezcan vivos tan largo tiempo, y cree que Elías no fué asumido en su carne, sino que su carne fué consumida en el carro de fuego<sup>a</sup>, considere que Jonás, después de haber sido precipitado en el fondo del mar, y engullido en el vientre de la ballena, fué vomitado sano y salvo sobre la orilla por orden de Dios<sup>b</sup>. Ananías, Azarías y Misael, arrojados a un horno de fuego, siete veces más encendido, no sufrieron daño alguno, ni se encontró ningún

5,1 b) Gen. 5,24; Sab. 4,10; Heb. 11,5; II Rey. 2,11. — 4 macroemetría=día del período de mil años. 5,1 d) Gen. 2,8; e) II Cor. 12,4. — 5,2 a) Rey. 2,11; b) Jonás 1-2.

olor a fuego en ellos<sup>c</sup>. Si la Mano de Dios les asistió y realizó en ellos unas cosas inopinadas e imposibles a la naturaleza humana ¿qué tiene de sorprendente que, en aquellos que han sido trasladados, esa misma Mano haya realizado algo inopinado, para ejecutar la voluntad del Padre?

Ahora bien esa Mano es el Hijo de Dios, según la palabra que la Escritura pone en boca de Nabucodonosor: «¿No hemos echado nosotros al fuego a tres hombres? Y sin embargo yo veo a cuatro hombres, que caminan por medio del fuego, y el cuarto es semejante al Hijo de Dios»<sup>d</sup>.

Por tanto ni la naturaleza de una creatura cualquiera ni la debilidad de la carne podrán superar la voluntad de Dios. Porque no es Dios el que está sometido a las cosas que han sido hechas (a las creaturas), sino que son las cosas que han sido hechas (las creaturas) las que están sometidas a Dios, y todas ellas están al servicio de su voluntad.

Por eso dice el Señor: «Lo que es imposible a los hombres es posible para Dios»<sup>e</sup>. Por tanto, de la misma manera que a los hombres de hoy, que ignoran las «economías» de Dios, les parece increíble e imposible que un hombre pueda vivir tantos años —y sin embargo nuestros antepasados conocieron esa longevidad y los que han sido trasladados la conocen, para prefigurar la futura duración de días<sup>f, 5</sup>, y les parece también increíble que unos hombres hayan salido sanos y salvos del vientre de la ballena y del horno de fuego— y sin embargo han salido como sacados por la Mano de Dios, para manifestación de su poder; —así ahora, aunque algunos, desconociendo el poder y la promesa de Dios, nieguen su propia salvación, juzgan imposible que Dios pueda resucitar sus cuerpos y recompensarlos con una duración sin fin; sin embargo la incredulidad de gentes de esa suerte no anulará la fidelidad de Dios<sup>g</sup>.

5,2 c) Dan. 3. d) Dan. 3,91-92; e) Luc. 18,27; f) Ps. 22,6; 90,16. — 5 macroemérfas=de largo día=de mil años. — 5,2 g) Rom. 3,3.

### 3. Textos paulinos que atestiguan la resurrección de la carne

«Que vuestro ser integral, —es decir vuestro Espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo— sea conservado sin reproche por medio de la venida del Señor Jesús».

6,1. En cambio, será Dios glorificado en la obra modelada por él, cuando se haga ésta conforme y semejante a su Hijo<sup>a</sup>. Porque, por las Manos del Padre, es decir, por medio del Hijo y del Espíritu, se hace el hombre, y no una parte del hombre, a semejanza de Dios<sup>b</sup>. Ahora bien el alma y el Espíritu pueden ser una parte del hombre, pero de ninguna manera todo el hombre; el hombre perfecto es la mezcla y la unión del alma que ha recibido el Espíritu del Padre y que ha sido mezclada con la carne modelada según la imagen de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Entre los perfectos predicamos la Sabiduría»<sup>c</sup>.

Con el nombre de «perfectos» designa a los que han recibido el Espíritu de Dios y hablan todas las lenguas gracias a ese Espíritu, como él mismo las hablaba, y como oímos hablar también a muchos hermanos que tienen carismas proféticos en la Iglesia; hablando toda clase de idiomas gracias al Espíritu, ponen al descubierto los secretos de los hombres para su provecho, e interpretan los misterios de Dios. A estos hombres el Apóstol los llama también «espirituales»<sup>d</sup>. Son espirituales por su participación del Espíritu, no por una evacuación o una supresión de la carne. En efecto, si se aparta la substancia de la carne, es decir la substancia del plasma (obra modelada), para no considerar más que lo que es propiamente espíritu, tal cosa ya no será un hombre espiritual sino el «espíritu del hombre» o el «Espíritu mezclándose con el alma, se une al plasma (a la obra modelada), gracias a esta efusión del Espíritu, queda realizado el hombre espiritual y

6,1 a) Rom. 8,29; b) Gen. 1,26; c) I Cor. 2,6; d) I Cor. 2,15; 3,1.

perfecto; y es éste el que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios<sup>f</sup>.

Si por el contrario el alma faltare el Espíritu, un tal hombre siendo en realidad psíquico y carnal será imperfecto, poseyendo sí la imagen de Dios en el plasma, pero no habiendo recibido la semejanza por medio del Espíritu. Por tanto de la misma manera que este hombre es imperfecto, así si alguien aparta la imagen y rechaza la obra modelada (el plasma) no podrá entender al hombre, sino a una parte del hombre, tal como dijimos anteriormente, u otra cosa diferente del hombre. Porque la carne modelada, por sí sola, no es el hombre perfecto; ella no es m's que el cuerpo del hombre y por consiguiente una parte del hombre. Ni el alma, por sí sola, es el hombre; ella no es más, que el alma del hombre, por consiguiente una parte del hombre.

Ni el Espíritu es el hombre. Se le da el nombre de Espíritu, no el de hombre. Es la mezcla y la unión de todas estas cosas lo que constituye al hombre perfecto. Por eso el Apóstol, explicándose a sí mismo, puso de manifiesto al hombre de la salud, perfecto y espiritual, cuando dice en su primera carta a los Tesalonicenses: «Que el Dios de la paz os santifique cabalmente y que vuestro ser, todo entero, espíritu, alma y cuerpo sea conservado irreprochablemente por la venida de nuestro Señor Jesucristo<sup>g</sup>. ¿Qué motivo tenía para pedir en favor de estos tres —es decir: alma, cuerpo y Espíritu— una íntegra y perfecta conservación en la venida del Señor, si no hubiera conocido que estos tres deben ser restaurados y reunidos y no hay para ellos más que una sola y misma salvación? Por ello llama él perfectos a los que presentan irreprochablemente estas tres cosas al Señor. Son perfectos por consiguiente aquellos que mantienen constantemente el Espíritu de Dios consigo, y conservan sin reproche sus almas y sus cuerpos, es decir guardan la fe en Dios y la justicia para con el prójimo.

*La carne, «templo de Dios» y «miembro de Cristo»,  
no se deshará definitivamente con la muerte*

6,2. De donde llama templo de Dios a la obra modelada, al decir: «¿No sabéis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él: porque el templo de Dios que sois vosotros es santo»<sup>a</sup>. Llama él ostensiblemente al cuerpo un templo en que habita el Espíritu. También el Señor, al hablar a propósito del cuerpo, dice: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré»<sup>b</sup>. Mas él hablaba del templo de su cuerpo<sup>c</sup>. El Apóstol sabe también que nuestros cuerpos son no sólo el templo, sino también miembros de Cristo, porque dice a los Corintios: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y tomando yo los miembros ¿los haré miembros de una meretriz?»<sup>d</sup>. Él no habla aquí de otro «hombre espiritual»; porque un hombre así no podría unirse a una meretriz, sino de nuestro propio cuerpo, es decir de nuestra carne; cuando el cuerpo persevera en la santidad y pureza es miembro de Cristo; si en cambio se une a una meretriz, se hace miembro de esa meretriz. Por eso dice el Apóstol: «Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él»<sup>e</sup>. Decir por tanto que el templo de Dios, en que habita el Espíritu del Padre, y los miembros de Cristo no participan de la salvación, sino que van a la perdición, ¿no será el colmo de la blasfemia?

*La resurrección corporal de Cristo, garantía de nuestra  
resurrección corporal*

Que nuestros cuerpos deben resucitar, no en virtud de su substancia, sino por el poder de Dios, dice el Apóstol a los Corintios: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo; y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder»<sup>f</sup>.

6,2 a) I Cor. 3,16-17; b) Jn. 2,19; c) Jn. 2,21; d) I Cor. 6,15; e) I Cor. 3,17; f) I Cor. 6,13-14.

7,1. Por tanto, de la misma manera que Cristo resucitó en la substancia de su carne y mostró a sus discípulos las marcas de los clavos y la abertura de su costado<sup>a</sup> —y éstas son las pruebas de que su carne resucitó de entre los muertos— así, dice el Apóstol, «Dios nos resucitará también a nosotros con su poder»<sup>b</sup>.

Y de nuevo dice a los Romanos: «Y si el Espíritu, del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales»<sup>c</sup>. ¿Qué son por consiguiente esos cuerpos mortales? ¿Acaso las almas? Mas las almas, comparadas con los cuerpos mortales, son incorpóreas; porque insufló Dios en el rostro del hombre un hálito de vida, y así llegó a ser el hombre un ser viviente<sup>d</sup>; ahora bien ese hálito de vida es incorpóreo. Siendo hálito de vida, tampoco se puede decir de él que sea mortal; por eso dice David: «Y mi alma vivirá para él»<sup>e</sup>, persuadido de que la substancia de esa alma es inmortal. Pero tampoco se puede decir que el Espíritu sea cuerpo mortal.

Por lo tanto sólo se puede llamar cuerpo mortal al plasma, esto es a la carne, a la cual, según palabras también del Apóstol, ha de vivificar Dios.

Porque esta carne es la que muere y se descompone, no el alma ni el Espíritu, Morir en efecto es perder la manera de ser propia del viviente: quedarse sin respiración, sin vida, sin movimiento y descomponerse en los elementos de que recibió el principio de su existencia. Ahora bien esto no puede ocurrir ni al alma, que es el hálito de vida, ni al Espíritu, que no es compuesto, sino simple o sea que no puede descomponerse, y es precisamente la vida de los que participan de él.

Por tanto la muerte se manifiesta en la carne, la cual, después que se ha marchado el alma, queda sin respiración y sin vida y poco a poco se va convirtiendo en el polvo de que ha sido toma-

7,1 a) Jn. 20,20,25,27; b) I Cor. 6,14; c) Rom. 8,11; d) 2,7; e) Ps. 21,31.

da. La que es mortal es ella. Hablando de ella dice el Apóstol: «Vivificará también vuestros cuerpos mortales»<sup>f</sup>.

*La carne resucitará incorruptible, gloriosa y espiritual*

Por eso dice de ella en su primera carta a los Corintios: «Así también la resurrección de los muertos: se siembra en corrupción y resucita en incorrupción»<sup>g</sup>. Porque, dice él, «lo que tú siembras no germina si no muere»<sup>h</sup>.

7,2. Ahora bien ¿qué es lo que se siembra como grano de trigo y se pudre en la tierra, sino los cuerpos que se depositan en esa misma tierra, adonde son arrojados también los granos? Y por eso dijo el Apóstol: «Se siembra en vileza y resucita en gloria»<sup>a</sup>.

¿Qué cosa más vil que una carne muerta? En cambio ¿qué cosa más gloriosa que esa misma carne una vez resucitada y con la incorrupción? «Se siembra en flaqueza y resucita en fuerza»<sup>b</sup>: la debilidad es de la carne, que siendo tierra se va a la tierra, mas el poder es de Dios, que la resucita de entre los muertos. «Se siembra cuerpo animal y resucita cuerpo espiritual»<sup>d</sup>. Sin ninguna duda nos enseña el Apóstol que no habla ni del alma ni del Espíritu, sino de cuerpos muertos. Tales son en efecto los cuerpos «psíquicos», es decir que participan de un alma, cuando la pierden, mueren; después, resucitando por medio del Espíritu, se hacen cuerpos espirituales, a fin de poseer, por medio del Espíritu, una vida perdurable.

*El Espíritu otorgado ya desde aquí abajo a los creyentes es como una prenda de la resurrección*

«Porque al presente, dice el Apóstol, no conocemos más que en parte, y no profetizamos más que en parte, mas entonces lo será cara a cara»<sup>c</sup>. Esto es lo que también Pedro dice: «Al cual

7,1 f) Rom. 8,11; g) I Cor. 15,42; h) I Cor. 15,36. — 7,2 a) I Cor. 15,43; b) I Cor. 15,43; c) Gen. 3,19; d) I Cor. 15,44.

amáis sin haberle visto; en el cual ahora, sin verlo, crééis, y os alegráis con gozo inefable»<sup>f</sup>. Porque nuestra faz verá la faz de Dios, y se alegrará con gozo inenarrable, porque verá al que es su gozo.

8,1. Mas ahora es solamente una parte de su Espíritu lo que nosotros recibimos para la perfección y preparación de la incorrupción, acostumbrándonos poco a poco a asir y llevar a Dios. Es esto lo que el Apóstol llama «prenda» —es decir solamente una parte del honor que nos ha sido prometido por Dios—, como dice en la carta a los Efesios: «En el cual también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, en el que, habiendo asimismo creído, habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa, el cual es “prenda” de nuestra herencia»<sup>a</sup>.

Si por tanto esta «prenda» habitando en nosotros, nos hace ya espirituales y lo que es mortal es absorbido por la inmortalidad<sup>b</sup> —«Porque, dice él, vosotros no vivis según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros»<sup>c</sup>—, se realiza eso, no por la pérdida de la carne, sino por la comunión con el Espíritu —porque aquellos, a quienes escribía, no eran seres sin carne, sino gentes, que habían recibido el Espíritu de Dios» que nos hace exclamar: ¡Abba, Padre!<sup>d</sup>— por tanto si ya ahora por haber recibido esa «prenda», exclamamos ¡Abba, Padre!, ¿qué será cuando, después de resucitados, le veamos cara a cara?<sup>e</sup>. ¿cuando todos los miembros, desbordantes de alegría prorrumpen en un himno de júbilo, glorificando al que les ha resucitado de entre los muertos y recompensado con la vida eterna? Porque si ya una simple «prenda», que envuelve al hombre en sí por todas partes, le hace exclamar: «Abba, Padre» ¿qué no hará la gracia entera del Espíritu, cuando sea otorgada a los hombres por Dios? Ella nos hará semejantes a él

7,2 f) I Pedr. 1,8. — 8,1 a) Ef. 1,13-14; b) II Cor. 5,4; c) Rom. 8,9; d) Rom. 8,15; e) I Cor. 13,12.

y realizará la voluntad del Padre porque hará al hombre a imagen y semejanza de Dios.

### *Espirituales y carnales*

8,2. Por tanto a los que poseen la «prenda» del Espíritu y, lejos de ser esclavos de las concupiscencias de la carne, se someten al Espíritu y viven en todo conforme a razón, el Apóstol los llama con razón «espirituales»<sup>a</sup>, puesto que el Espíritu de Dios habita en ellos<sup>b</sup>.

Porque los espíritus sin cuerpo no serán jamás hombres espirituales; sino que es la substancia nuestra —es decir el compuesto de alma y carne— la que constituye, al recibir el Espíritu de Dios, el hombre espiritual.

Mas a los que rechazan el consejo del Espíritu, para ser esclavos de las concupiscencias de la carne y no viven conforme a razón, sino que se abandonan sin freno a sus pasiones, a esos, que no tienen ninguna infusión del divino Espíritu, sino que viven a la manera de los puercos y de los canes, los llama el Apóstol con razón «carnales»<sup>c</sup>, porque no tienen sentimientos sino para las cosas carnales<sup>d</sup>.

Ya los profetas, por ese mismo motivo, los equiparaban a los animales irracionales. Así a causa de su conducta contraria a la razón, decían: «Se han convertido en caballos sementales para las mujeres, cada uno relincha ante la mujer de su prójimo»<sup>e</sup>, y también: «El hombre en su opulencia se asemeja a las bestias de carga»<sup>f</sup>, ocurre esto porque, por su culpa, se vuelve el hombre semejante a las bestias de carga (o jumentos), ambicionando una vida irracional. Nosotros mismos tenemos costumbre de llamar jumentos y ganado irracional a los hombres de esta suerte.

8,2 a) I Cor. 2,15; 3,1; b) Rom. 8,9; c) I Cor. 3,3; d) Rom. 8,5; e) Jer. 5,8; f) Ps.

8,3. La ley había predicho todo esto de manera simbólica — ella bosquejaba al hombre a partir de los animales—, declarando puros a los animales que tienen doble pezuña y rumian, y colocando en cambio aparte como impuros a los que carecen de ambas cosas o de una de ellas<sup>a</sup>. Por tanto ¿quiénes son los hombres puros? Los que por medio de la fe, caminan con firmeza hacia el Padre y el Hijo —porque tal es la estabilidad de los que tienen doble pezuña— y meditan en los oráculos de Dios día y noche<sup>b</sup> de modo que quedan provistos de buenas obras, —porque tal es la virtud de los que rumian—. Impuros en cambio son los que ni tienen doble pezuña ni rumian, o sea los que carecen de la fe en Dios y no meditan en los oráculos: ésta es la abominación de los paganos. Son impuros también los animales que rumian, pero no tienen doble pezuña: ésta es la imagen de los judíos, que tiene sí las palabras de Dios en su boca, pero no fijan la estabilidad de su raíz sobre el Padre y el Hijo; por eso su linaje es resbaladizo también.

Porque los animales, que no tienen más que una pezuña, resbalan fácilmente, en tanto que los que tienen doble pezuña tienen más estabilidad, porque va, dependiendo del camino, sucediéndose la fijeza de una pezuña a la de la otra, y una de las pezuñas no cesa de sostener a la otra.

De la misma manera son impuros los animales, que tienen pezuña doble, pero no rumian.

Este es el símbolo de casi todos los herejes y de los que no meditan las palabras de Dios, ni se revisten de obras de justicia. Es a éstos a los que el Señor dice: ¿Por qué me decís: Señor, Señor y no hacéis lo que os digo? Porque las gentes de esta suerte dicen creer en el Padre y en el Hijo pero no meditan nunca en las palabras de Dios como conviene, ni se revisten de obras de justicia; pero, como lo hemos dicho, han abrazado la manera de

8,3 a) Lev. 11,2s; Deut. 14,3s; b) Ps. 1,2; 118,148; c) Lc. 6,46.

vivir de los puercos y de los canes: se entregan a la impureza, a la glotonería y a los demás vicios.

Por tanto a todos estos, que, a causa de su incredulidad o de su vida licenciosa, no consiguen el Espíritu divino, y por medio de caracteres discordantes rechazan lejos de sí al Verbo que vivifica, y viven a merced de sus apetitos de una manera contraria a la razón —el Apóstol los llama «carnales» y «psíquicos»; los profetas en cambio los llaman jumentos y fieras y la costumbre los ha caracterizado como semejantes a los brutos y desprovistos de razón, y la ley los ha declarado impuros.

#### **4. El verdadero sentido de la frase: la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios**

«La carne y la sangre»

9,1. Esto es lo que el Apóstol dice también en otra parte: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»<sup>a</sup>. Texto que todos los herejes alegan en su demencia y, a partir del cual, tratan de probar que no hay salvación para la obra modelada por Dios. No se percatan de que hay tres cosas, tal como hemos demostrado, que constituyen al hombre perfecto: la carne, el alma y el Espíritu. Una de ellas, que es el Espíritu, salva y forma; otra que es salvada y formada, es la carne; otra en fin, que se halla entre las dos, es el alma; la cual, cuando sigue de cerca al Espíritu, es elevada por Él; pero cuando se deja persuadir por la carne, sucumbe a los apetitos terrenos. Por tanto todos los que carecen del elemento, que salva y forma para alcanzar la vida, serán y se llamarán «carne y sangre», como quienes no tienen en sí el Espíritu de Dios. Este es el motivo por el que éstos son llamados muertos por el Señor: «Dejad, dice, que los muertos entierren a sus muertos»<sup>b</sup>, porque carecen del Espíritu que da vida<sup>c</sup> al hombre.

9,1 a) I Cor. 15,50; b) Lc. 9,60; c) Jn. 6,63.

9,2. Mas todos los que temen a Dios y creen en la venida de su Hijo y por medio de la fe establecen en sus corazones al Espíritu de Dios serán justamente llamados hombres «puros»<sup>a</sup>, espirituales<sup>b</sup> y que viven para Dios»<sup>c</sup>, porque tienen el Espíritu del Padre, que purifica al hombre y le eleva a la vida de Dios.

### *La debilidad de la carne y la prontitud del Espíritu*

Porque si, según el testimonio del Señor, la «carne es débil» de la misma manera también el «Espíritu está dispuesto»<sup>d</sup>, esto es, puede realizar todo lo que desee. Por tanto si alguno, a manera de estímulo, mezcla la disponibilidad del Espíritu con la debilidad de la carne, lo que es fuerte aventajará necesariamente a lo que es débil; de tal manera que la debilidad de la carne será absorbida por la fortaleza del Espíritu, y un hombre así ya no será carnal, sino espiritual, a causa de la comunión con el Espíritu.

Así los mártires dan testimonio y menosprecian la muerte, no según la debilidad de la carne, sino según la disponibilidad del Espíritu. Porque la debilidad de la carne absorbida de esa manera, hará brillar el poder del Espíritu; el Espíritu, a su vez, al absorber la debilidad recibe en sí la carne en posesión. De estas dos cosas resulta el hombre viviente; viviente gracias a la participación del Espíritu, hombre por la substancia de la carne.

### *Imagen de lo terrestre e imagen de lo celeste*

9,3. Por tanto, sin el Espíritu de Dios, la carne está muerta, privada de vida, incapaz de heredar el reino de Dios; la sangre es extraña a la razón, como agua derramada en tierra. Por eso dice el Apóstol: «Cual el terrestre tales los terrenos»<sup>a</sup>. Mas donde está el Espíritu del Padre, allí está el hombre viviente; la sangre racional es guardada por Dios para la venganza<sup>b</sup>; la carne poseída en

9,2 a) Mat. 5,8; b) I Cor. 2,15; 3,1; c) Rom. 6,11; d) Mat. 26,41. — 9,3 a) I Cor. 15,48; b) Apoc. 6,10; 19,2.

herencia por el Espíritu, se olvida de sí, para asumir la cualidad del Espíritu y hacerse conforme al Verbo de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Y como llevamos la imagen del terrestre llevemos también la del celeste»<sup>c</sup>. ¿Qué es lo terrestre? El Plasma. ¿Y qué es lo celeste? El Espíritu. Por tanto, dice, así como, privados del Espíritu celeste, hemos vivido en otro tiempo en la vetustez de la carne, no obedeciendo a Dios, así ahora, después de recibir el Espíritu, caminemos en nueva vida<sup>d</sup>, obedeciendo a Dios.

Por tanto, como no podemos salvarnos sin el Espíritu de Dios, nos exhorta el Apóstol a conservar ese Espíritu de Dios por medio de la fe y por medio de una vida casta, no sea que, sin la participación del Espíritu Santo, perdamos el reino de los cielos; he aquí por qué proclama que la carne sola con la sangre no puede poseer el reino de Dios.

### *La carne heredada por el Espíritu*

9,4. A decir verdad, en efecto la carne no puede heredar el reino de Dios»<sup>b</sup>. Como si dijera: «No os engañéis<sup>c</sup>, si el Verbo de Dios no habita en vosotros y si el Espíritu del Padre no vive en vosotros, y vosotros lleváis una vida vana y anodina, entonces, no siendo vosotros otra cosa que carne y sangre, no podréis heredar el reino de Dios».

### *El injerto del Espíritu*

10,1. Dijo esto para que no rechacemos el injerto del Espíritu, complaciendo a la carne: «Porque tú, siendo olivo silvestre (acebuche), fuiste injertado en el buen olivo y fuiste incorporado a la pingüe savia del olivo»<sup>a</sup>. Por tanto si el acebuche (olivo silvestre), después de haber sido injertado en un olivo auténtico, sigue siendo lo que era anteriormente o sea acebuche, «es cortado y arrojado al fuego»<sup>b</sup>; en cambio si conserva su injerto y se

9,3 c) I Cor. 15,49; d) Rom. 6,4. — 9,4 a) Mat. 5,5; b) I Cor. 15,50; c) I Cor. 6,9; 15,33; Gal. 6,7. — 10,1 a) Rom. 11,17.24; b) Mat. 7,19.

transforma en olivo auténtico, se convierte en olivo fértil, como plantado en el jardín del rey; así también los hombres, si por medio de la fe se hacen mejores, reciben el Espíritu de Dios y producen sus frutos, serán espirituales, como plantados en el jardín de Dios<sup>c</sup>; mas si rechazan el Espíritu y siguen siendo lo que eran anteriormente, prefiriendo depender de la carne más que del Espíritu, se dirá con razón lo de: «la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios»<sup>d</sup>; es como si se dijera que el acebuche no será admitido en el jardín de Dios. Por tanto el Apóstol manifiesta admirablemente nuestra naturaleza y toda la «economía» de Dios allí donde habla de la carne y de la sangre, así como del olivo silvestre.

En efecto si un olivo es descuidado y abandonado algún tiempo en el desierto, y se pone a producir frutos silvestres, se convierte por si en un acebuche; por el contrario, si un acebuche se rodea de cuidados y se injerta en olivo auténtico, volverá a su primera fertilidad de naturaleza. Así también los hombres: si se hacen negligentes, producen las concupiscencias de la carne como frutos silvestres y se hacen, por su culpa, estériles en frutos de justicia —porque, mientras duermen los hombres, el enemigo siembra malezas de cizaña<sup>e</sup>, por eso el Señor ha ordenado a sus discípulos vigilar<sup>f</sup>— mas si esos hombres, estériles en frutos de justicia y como ahogados por las malezas, se rodean de cuidados y reciben como injerto la palabra de Dios, vuelven a la primera naturaleza del hombre, hecha a imagen y semejanza de Dios<sup>g</sup>.

10,2. Mas de la misma manera que el acebuche injertado no pierde en realidad la substancia del árbol, pero cambia la cualidad de su fruto y recibe otro nombre, porque ya ni es ni se llama olivo silvestre, sino olivo fértil; así también el hombre injertado por medio de la fe al recibir el Espíritu de Dios no pierde la substancia de su carne, pero cambia la cualidad del fruto de sus obras

10, 1 c) Ez. 31,8; Apoc. 2,7; d) I Cor. 15,50; e) Mat. 13,25; f) Mat. 24,42; 25,13; g) Gen. 1,26.

y recibe otro nombre, que significa su transformación en mejor y ya ni es ni se llama carne y sangre, sino hombre espiritual. Por el contrario, así como el olivo silvestre (acebuche), si no recibe el injerto, continúa sin utilidad para su propietario a causa de su naturaleza silvestre y, como árbol estéril, es cortado y echado al fuego<sup>a</sup>, así el hombre, que no recibe el injerto del Espíritu por medio de la fe, sigue siendo lo que era anteriormente, o sea carne y sangre, y no puede heredar el reino de Dios.

*Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu*

Por tanto con razón dice el Apóstol: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»<sup>b</sup> y: «los que están en la carne no pueden agradar a Dios»<sup>c</sup>; no rechaza con ello la substancia de la carne, sino que atrae la infusión del Espíritu. —Y por eso dice: «Es necesario que este elemento mortal se revista de inmortalidad, y esto corruptible de incorruptibilidad»<sup>d</sup>— Y dice en otra parte: «Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros»<sup>e</sup>. Y muestra esto más claramente aún, cuando dice: ... «el cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, mas el Espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por obra de su Espíritu, que habita en vosotros»<sup>f</sup>. Y dice también en esa misma carta a los Romanos: «Si en efecto, vivís según la carne, moriréis...»<sup>g</sup>, no rechazando de ellos la vida en la carne —ya que él mismo, cuando les escribía, estaba en la carne —sino suprimiendo las concupiscencias de la carne, que dan la muerte al hombre. Y por eso añade: ... «mas si conforme al Espíritu dais muerte a las obras de la carne, viviréis: en efecto, cuantos son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios»<sup>h</sup>.

10,2 a) Mat. 7,19; b) I Cor. 15,50; c) Rom. 8,8; d) I Cor. 15,53; e) Rom. 8,9' f) Rom. 8,10-11; g) Rom. 8,13; h) Rom. 8,13-14.

### *Obras de la carne y frutos del Espíritu*

11,1. Pablo ha hecho conocer cuáles son las obras, que llama carnales, previendo los sofismas de los incrédulos, y poniendo al descubierto su pensamiento, a fin de no dejar el asunto de la investigación en manos de quienes escudriñaban su pensamiento con incredulidad. Él se expresa así en la carta a los Gálatas: «Las obras de la carne son manifiestas: adulterios, fornicaciones, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, celotipias, iras, emulaciones, animosidades, irritaciones, disensiones, herejía, envidias, borracheras, comilonas y otras cosas semejantes: Os prevengo, como ya lo hice, que los que realizan tales acciones no heredarán el reino de Dios»<sup>a</sup>. Él proclama así de manera más explícita, a los que quieren escuchar, lo que significa: «La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios»<sup>b</sup>; porque los que realizan esas acciones, conduciéndose verdaderamente según la carne<sup>c</sup>, no pueden vivir para Dios<sup>d</sup>. Por otra parte añade las acciones espirituales que dan la vida al hombre, o sea el injerto del Espíritu, al decir: «Los frutos del Espíritu, en cambio, son: caridad, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, continencia, castidad; contra estas cosas no existe ley<sup>e</sup> «por tanto así como aquél, que vaya haciéndose mejor y produzca el fruto del Espíritu, será salvado de todos modos a causa de la comunión del Espíritu, así aquél que permanezca en las obras de la carne, de que hemos hablado, será realmente considerado carnal por no asumir el Espíritu de Dios, y no podrá en consecuencia heredar el reino de los cielos.

### *Los injustos no heredarán el reino de Dios*

El Apóstol mismo lo testifica también, cuando dice a los Corintios: «¿O es que no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis; ni los fornicarios, ni los idólatras,

11,1 a) Gal. 5,19-21; b) I Cor. 15,50; c) Rom. 8,4; II Cor. 10,2; d) Rom. 6,10; e) Gal. 5,22-23.

ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los saltadores heredarán el reino de Dios. Y esto fuisteis algunos, pero fuisteis lavados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios»<sup>f</sup>. Él muestra así muy claramente por qué perece el hombre, por empeñarse en vivir según la carne<sup>g</sup>, y por qué se salva —son sus propias palabras— por «el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo y el Espíritu de nuestro Dios».

11,2. Por tanto por haber enumerado aquí las obras de la carne, que son hechas sin el Espíritu y que dan la muerte, como consecuencia de lo que acaba de decir, podrá exclamar al final de su carta a manera de resumen: «Y como llevamos la imagen del terrestre, llevemos también la del celeste. Os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»<sup>a</sup>. La frase: «Como llevamos la imagen del terrestre», es semejante a aquella otra: «Y esto fuistéis algunos, pero fuisteis lavados y santificados y justificados en el nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo y en el Espíritu de Nuestro Dios».

Por tanto ¿cuándo hemos llevado la imagen del terrestre? Cuando se realizaban en nosotros las obras de la carne ya dichas. ¿Y cuándo, según él, «habéis sido lavados, “creyendo en el nombre del Señor”» y recibiendo su Espíritu. Ahora bien, hemos sido lavados no de la substancia del cuerpo ni de la imagen del plasma, sino de la antigua vida de vanidad.

Por tanto en los mismos miembros en que nos perdimos obrando las obras de corrupción, en éstos somos vivificados obrando las obras del Espíritu.

«Soplo de vida» y «Espíritu vivificante»

12,1. Porque la carne, de la misma manera que es capaz de corrupción, es también de incorrupción, y tal como es capaz de muerte, es también de vida. Dos cosas que se ceden mutuamente el puesto y no están juntas, y es rechazada la una por la obra, y si está presente la una, parece la otra.

Por tanto si la muerte, apoderándose del hombre, expulsa de él la vida y hace de él un muerto, con mayor motivo la vida, apoderándose del hombre, expulsará la muerte y devolverá a Dios al hombre viviente<sup>a</sup>.

Porque si la muerte hace morir al hombre ¿por qué la vida, al sobrevenir, no le hará revivir? tal como dice el profeta Isaías: «En su poder, la muerte ha devorado; y también: «Dios secará las lágrimas de todos los rostros»<sup>b</sup>.

Ahora bien, la vida primera había sido expulsada, porque había sido dada por medio de un simple hálito de vida y no por medio del Espíritu.

12,2. Porque una cosa es el «hálito de vida»<sup>a</sup>, que hace al hombre «psíquico» y otra el «Espíritu vivificante»<sup>b</sup>, que le hace espiritual. Por eso dice Isaías: «Así habla el Señor, el que creó los cielos y los desplegó, el que asentó la tierra y sus productos, el que da aliento al pueblo que la habita y soplo a los seres que se mueven en ella»<sup>c</sup>; afirma con ello que el hálito ha sido dado indistintamente a todo pueblo, que habita la tierra, en tanto que el Espíritu ha sido dado exclusivamente a los que pisotean las concupiscencias terrenas. Por eso Isaías mismo dice también al distinguir las dos cosas, de que acabamos de hablar: «Porque el Espíritu saldrá de mí, y yo creé todo hálito»<sup>d</sup>, atribuyendo en propiedad a Dios el Espíritu, que en los últimos tiempos derramó<sup>e</sup> él por medio de la adopción de hijos en el género humano; mas situando el hálito en la esfera común de las cosas creadas, y

12,1 a) Rom. 6,11; b) Is. 25,8; c) Is. 42,5; d) Is. 57,16. — 12,2 e) Hech. 2,17.

declarándolo como cosa creada, ahora bien, lo que ha sido creado se diferencia de aquél, que lo creó. El hálito es temporal, en tanto que el Espíritu es eterno. El hálito se desarrolla durante un tiempo, permanece un instante y después se va, dejando privado de aliento al ser en que se hallaba anteriormente; el Espíritu, en cambio, después de envolver al hombre por dentro y por fuera, permaneciendo siempre con él, no le abandonará jamás.

«Pero dice el Apóstol, dirigiéndose a los hombres que somos nosotros, no es lo primero lo espiritual, sino lo animal, después lo espiritual»<sup>f</sup>. Nada más razonable, porque era necesario que el hombre fuera modelado primero, que después de modelado recibiera, un alma<sup>g</sup> y que solamente al final recibiera la comunión del Espíritu. Por eso «el primer Adán fué hecho por el Señor alma viviente, mas el segundo Adán Espíritu vivificante»<sup>h</sup>. Así pues el que fue hecho alma viviente, inclinándose al mal perdió la vida, y regresando al bien y recibiendo al Espíritu vivificante, encontrará la vida.

12,3. Porque no es diferente lo que muere y lo que es vivificado, como tampoco es una cosa lo que perece y otra lo que se halla, sino que a aquella misma oveja que se había perdido vino el Señor a buscarla<sup>a</sup>. ¿Qué era por tanto lo que moría? Con toda evidencia la substancia de la carne, que había perdido el hálito de vida y había quedado sin aliento y muerta: Así pues el Señor vino para vivificarla, a fin de que, así como morimos todos en Adán porque animales, así vivamos en Cristo porque espirituales<sup>b</sup>, después de haber rechazado no el plasma de Dios, sino las concupiscencias de la carne, y haber recibido al Espíritu Santo.

### *Haced morir a vuestros miembros terrestres*

Como dice el Apóstol en su carta a los Colosenses: «Haced morir a vuestros miembros terrestres»<sup>c</sup>. Cuáles son esos miembros, lo dice él mismo: «la fornicación, la impureza, las pasio-

12,2 f) I Cor. 15,46; g) Gen. 2,7; h) I Cor. 15,45. — 12,3 a) Mat. 18, 11s.; b) I Cor. 15,22.12,3 c) Col. 3,5.

nes, la concupiscencia malvada y la avaricia que es la idolatría»<sup>d</sup>. El Apóstol proclama el rechazo de ellos, y, a propósito de los que cometen tales acciones, afirma que son como la «carne y la sangre», que no pueden heredar el reino de los cielos<sup>e</sup>; porque su alma, por haberse inclinado hacia lo que es inferior y haber descendido a las concupiscencias terrenas, ha recibido el mismo apelativo que los miembros: Y ordenándonos rechazarlos, dice también el Apóstol en la misma carta: «Despojaos del hombre viejo con sus malas acciones»<sup>f</sup>. Decía esto no rechazando la antigua obra modelada: Porque si no, sería conveniente matarnos y romper todo vínculo con la vida de este mundo.

12,4. Por lo demás, el Apóstol mismo en persona, cuando nos escribía cómo se había formado en el seno materno y había salido de él<sup>a</sup> nos confesaba, en su carta a los Filipenses, que «vivir en la carne es el fruto de una obra»<sup>b</sup>. Ahora bien el fruto de la obra del Espíritu es la salvación de la carne: porque ¿cuál podrá ser el fruto visible del Espíritu invisible, sino hacer la carne madura y capaz de recibir la incorruptibilidad? Si por tanto «vivir en la carne es para mí fruto de una obra», el Apóstol no menospreciaba de ninguna manera la substancia de la carne, cuando decía: «Despojaos del hombre viejo con todas sus obras»<sup>c</sup>, sino que tenía intención de declarar el rechazo de nuestra antigua manera de vivir vieja y corrompida<sup>d</sup>.

Por eso añadió: ... «y revestíos del hombre nuevo, que se renueva hasta adquirir el pleno conocimiento, conforme a la imagen del que lo ha creado»<sup>e</sup>. Por tanto en aquello que dice: «Que se renueva en el conocimiento», indica que aquel mismo hombre, que se hallaba anteriormente en la ignorancia, es decir que ignoraba a Dios, se renueva por medio del conocimiento suyo; porque es el conocimiento de Dios el que renueva al hombre. Y al decir «según la imagen del que le ha creado», da a entender la recapitulación del hombre que, al principio, fué hecho a imagen de Dios<sup>f</sup>.

12,3 d) Col. 3,5; e) Gal. 5,21; I Cor. 15,20; f) Col. 3,9. — 12,4 a) Gal. 1,15; b) Fil. 1,22; c) Col. 3,9; d) Ef. 4,22; e) Col. 3,10; f) 1,26.

*Curaciones y resurrecciones realizadas por Cristo*

12,5. Que era el mismo Apóstol en persona, el que había nacido del seno materno, es decir de la antigua substancia de la carne, lo dijo él en su carta a los Gálatas: «Mas cuando plugo al que me eligió desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, a fin de que yo lo anunciase entre los gentiles»<sup>a</sup>. No era uno el que había nacido del seno materno, como ya lo dijimos y otro el que anunciaba la buena nueva del Hijo de Dios; sino el mismo, que anteriormente estaba en la ignorancia y perseguía a la Iglesia<sup>b</sup>, después de una revelación que le fué hecha del cielo, y después que el Señor habló con él, como hemos mostrado en el libro tercero, anunciaba la buena nueva del Hijo de Dios, Jesu-Cristo, crucificado bajo Poncio Pilato, deshecha la ignorancia primera con el conocimiento posterior. De la misma manera los ciegos curados por el Señor se libraron de la ceguera, para recobrar en su integridad la substancia de sus ojos, y ver en adelante con los mismos ojos con que no veían hasta entonces; la ceguera era deshecha solamente por medio de la vista, a fin de que, viendo en adelante con los mismos ojos con que antes no veían, dieran gracias al que les había devuelto la vista; aquellos cuya mano<sup>c</sup> seca curó el Señor y absolutamente todos aquellos, a los que Él curó, no cambiaron los miembros que nacieron con ellos del seno materno, sino que recuperaban sanos y salvos los mismos miembros.

12,6. Porque el Autor de todos los seres, el Verbo de Dios, el mismo que modeló al hombre al principio, habiendo encontrado a su obra estropeada por el mal, la curó de todas las maneras posibles, no sólo restaurando cada miembro tal como había sido plasmado al principio, sino también haciendo de una vez al hombre totalmente sano y perfecto, para prepararlo para la resurrección.

Y en realidad ¿qué motivo tenía para curar los miembros de carne y restablecerlos en su forma primitiva, si lo que había cura-

12,5 a) Gal. 1,15-16; b) Gal. 1,13; c) Mat. 12,95.

do no tenía salvación posible? Porque si el provecho proveniente de él era pasajero, no concedía ningún bien digno de mención a los que curaba. O ¿cómo pueden decir los herejes que la carne no es capaz de recibir de Él la vida, cuando ha recibido de Él la curación? Porque la vida se consigue por medio de la curación, y la incorruptibilidad por medio de la vida; y el que da la vida envuelve también de incorruptibilidad a la obra modelada por él.

13,1. En efecto, que nos digan los que afirman lo contrario, es decir los que niegan la salvación de la carne: la hija difunta del Sumo Sacerdote <sup>a</sup>, el hijo de la viuda que era llevado muerto, cerca de la puerta de la villa <sup>b</sup>, y Lázaro, que llevaba ya en el sepulcro cuatro días <sup>c</sup>, ¿con qué cuerpos resucitaron? Evidentemente con los mismos con que habían muerto; porque si no fue con los mismos, está claro que no resucitaron ni las mismas personas que murieron.

Mas, en efecto, «el Señor, dice la Escritura, cogió la mano del difunto y le dijo: «Joven, yo te lo mando, levántate; el muerto se sentó y pidió de comer, y fué entregado a su madre» <sup>d</sup>. Y «llamó a Lázaro con voz fuerte, diciendo: Lázaro sal fuera; Y, dice, salió el muerto, atado de pies y manos con vendas» <sup>e</sup>. Era esto el símbolo de aquel hombre, que había estado encadenado por los pecados. Por eso dice el Señor: «Soltadle y dejadle marchar» <sup>f</sup>.

Por tanto de la misma manera que los que fueron curados lo fueron en los miembros, que había estado enfermos, así los muertos resucitaron con los mismos cuerpos; miembros y cuerpos recibiendo la curación y la vida que daba el Señor —prefiguraba Él así las cosas eternas por medio de las temporales y mostraba que era él quien tiene el poder de dar a su obra modelada la curación y la vida, a fin de que sea creída también su palabra acerca de la resurrección—, así también en el fin, «al son de la última

13,1 a) Mat. 9,18; Mc. 7,5,22; Lc. 8,41; b) Lc. 7,12; c) Jn. 43,39; d) Mat. 8,25; Lc. 7,14-15; 8,55; e) Jn. 12,17; 11,43-44; f) Jn. 11,44.

trompeta»<sup>g</sup> a la voz del Señor, resucitarán los muertos, tal como dice él mismo:... «llegará la hora, en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre, y saldrán los que obraron el bien para la resurrección de la vida y los que hicieron el mal para la condenación»<sup>h</sup>.

13,2. Por tanto vanos y realmente desgraciados son los que no quieren ver las cosas evidentes y tan claras, sino que huyen de la luz de la verdad, cegándose a sí mismos a ejemplo del desdichado Edipo. Y de la misma manera que los no habituados a la palestra, cuando luchan con otros, agarran con todas las fuerzas cualquier parte del cuerpo de su adversario, y son arrojados a tierra por medio del miembro, que ellos están asiendo; y, mientras están en el suelo, se imaginan haber conseguido la victoria, porque se están agarrando obstinadamente a ese miembro que asieron primero, cuando la realidad es que su caída les está cubriendo de ridículo. Así también los herejes, a propósito de la frase: «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»<sup>a</sup>, al tomar de Pablo esos dos vocablos, ni han percibido el pensamiento del Apóstol, ni han escudriñado el alcance de esas palabras; tomándolas al pie de la letra, encuentran la muerte arruinando, en cuanto de ellos depende, toda la «economía» de Dios.

*«Es necesario que lo que es corruptible se revista de incorruptibilidad»*

13,3. Porque, si afirman que esa palabra ha sido dicha de la carne, propiamente hablando, y no de las obras de la carne, como lo hemos demostrado, ponen el Apóstol en contradicción consigo mismo, cuando inmediatamente después, en la misma carta, dice señalando la carne: «Es necesario, en efecto, que este elemento corruptible se revista de incorruptibilidad y que este elemento mortal se revista de inmortalidad. Cuando esto corruptible se vista de incorruptibilidad y esto mortal de inmortalidad, entonces

13,1 g) I Cor. 15,22; h) Jn. 25,28-29. —13,2 a) I Cor. 15,50.

se cumplirá lo que está escrito: «la muerte ha sido absorbida por la victoria. Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¿Dónde está muerte tu victoria?»<sup>a</sup>. Estas palabras se dirán precisamente cuando esta carne mortal y corruptible, expuesta a la muerte, oprimida bajo el dominio de la muerte, ascienda a la vida y se revista de incorruptibilidad e inmortalidad. Porque realmente será entonces cuando sea vencida la muerte, cuando esa carne, que era su presa, se escape de su poder. Y dice también a los Filipenses: «Nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesu Cristo, el cual transformará nuestro cuerpo, lleno de miserias, conforme a su cuerpo glorioso, por virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas»<sup>b</sup>. Por tanto ¿cuál es ese cuerpo de abyección que transfigurará el Señor y hará conforme a su cuerpo de gloria? Con toda evidencia, e ese cuerpo que se identifica con la carne, con esa carne que manifiesta su abyección cuando cae a la tierra: Pero la transformación, por la que de mortal y corruptible se hace inmortal e incorruptible, no viene de su substancia, sino de la acción del Señor, que puede envolver al mortal de inmortalidad y al corruptible de incorruptibilidad. Y por eso dice en su segunda carta a los Corintios: «Para que lo mortal sea absorbido por la vida. El que nos formó para este destino es Dios, que nos dió por prenda a su Espíritu»<sup>c</sup>. Habla evidentemente de la carne, porque ni el alma ni el Espíritu son mortales. Lo que es mortal será absorbido por la vida, cuando la carne persevere, ya no muerta sino viva e incorrupta, cantando un himno al Dios que nos habrá trabajado para esto. Por tanto, a fin de que nos dispongamos para esto, dice bien a los Corintios: «Glorificad a Dios en vuestro cuerpo»<sup>d</sup>. Porque Dios es productor de la incorruptibilidad.

13,4. Que el Apóstol no habla de otro cuerpo, sino del cuerpo de carne, se ve claramente y sin ningún género de duda ni ambigüedad en su segunda carta a los Corintios: «... llevamos,

13,3 a) I Cor. 15,53-55; b) Fil. 3,20-21; c) II Cor. 5,4-5; d) I Cor. 6,20.

dice, siempre y por doquier en el cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros. Porque, viviendo, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal»<sup>a</sup>.

Y como el Espíritu envuelve a la carne, dice en la misma carta: «Puesto que sois una carta de Cristo, redactada por nosotros y escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios viviente; no en tablas de piedra, sino en las tablas que son vuestros corazones de carne»<sup>b</sup>. Si pues ahora nuestros corazones de carne son capaces de recibir el Espíritu, ¿qué hay de asombroso si, en la resurrección, reciben la vida, que dará el Espíritu? De esa resurrección dice el Apóstol en su carta a los Filipenses: ...«configurándome a su muerte, para alcanzar la resurrección de los muertos»<sup>c</sup>. Así pues, ¿en que otra carne mortal podrá concebirse que se manifiesta la vida, sino en esta substancia que es enviada también a la muerte a causa de la confesión de Dios?

Tal como dice él: «Si con vistas humanas luché con las bestias en Efeso ¿qué me aprovecha, si los muertos no resucitan? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación, y vana nuestra fe. Incluso seríamos falsos testigos de Dios, pues contra Dios atestiguaríamos que resucitó a Cristo, a quien no resucitó; porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, es vana vuestra fe, porque todavía estáis en vuestros pecados. Por tanto están condenados los que murieron en Cristo. Si solamente en esta vida esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. Pero he aquí que Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de los que mueren; porque como por un hombre vino la muerte, así, por un hombre, la resurrección de los muertos»<sup>d</sup>.

13,5. Así pues, como lo hemos dicho ya, o bien los herejes dirán que el Apóstol, en todos estos textos, contradice su propia afirmación según la cual «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»<sup>a</sup>, —o bien una vez más se verán constreñidos a dar, de todos estos textos, unas interpretaciones viciosas y forzadas, a fin de pervertir y alterar su sentido. Porque ¿qué podrán decir de sensato, si son obligados a interpretar de distinto modo esta frase: «Es preciso, en efecto, que esto corruptible se revista de incorruptibilidad y esto mortal de inmortalidad»<sup>b</sup>?

Y esto otro: «¿... a fin de que la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal»<sup>c</sup>, y todas las demás palabras por las que el Apóstol proclama ostensiblemente la resurrección y la incorruptibilidad de la carne? Por tanto serán constreñidos a interpretar torcidamente todos estos textos, por no haber querido entender correctamente una sola frase.

*Vosotros habéis sido reconciliados por medio de su cuerpo de carne»*

14,1. Al decir el Apóstol que «la carne y la sangre» no heredarían el reino de Dios no iba en contra de la substancia misma de la carne y de la sangre<sup>a</sup>; el mismo Apóstol usó en todas partes el hombre de carne y sangre para designar a Nuestro Señor Jesucristo; con algo había que determinar su ser de hombre— ya que el Señor se declaraba a sí mismo Hijo del hombre—, y por otra parte con algo había que asegurar la salvación de nuestra carne —porque, si la carne no tuviera que salvarse; el Verbo de Dios no se hubiera hecho carne<sup>b</sup>, y si la sangre de los justos no tuviera que ser buscada, el Señor de ninguna manera hubiera tenido sangre—.

Pero como la sangre es gritona desde el principio, dijo Dios a Caín, después que este había matado a su hermano: «La voz de la sangre de tu hermano grita hasta mí»<sup>c</sup>. Y como se iba a pedir

13,5 a) I Cor. 15,50; b) I Cor. 15,53; c) II Cor. 4,11. — 14,1 a) I Cor. 15,30; b) Jn. 1,14; c) Gen. 4,10.

cuenta de su sangre, dijo Dios a Noé, y a sus compañeros: «Y en efecto, de la sangre, que sostiene la vida de cada uno de vosotros, exigirá satisfacción de cualquier animal»<sup>d</sup>. Y también: «Quien derrame sangre de hombre, será la suya derramada por otro hombre»<sup>e</sup>.

De la misma manera también el Señor decía a los que iban a derramar su sangre: «Será buscada toda sangre justa, que sea derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matásteis entre el santuario y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación»<sup>f</sup>.

Hacía entender que la recapitulación de la sangre de los justos y profetas, derramada desde el principio, se haría en él y buscaría por sí mismo su sangre. Ahora bien, no se realizaría esta búsqueda, si no pudiera salvarse; ni el Señor hubiera recapitulado en sí todo, si no hubiera hecho también él la carne y la sangre conforme a la obra modelada en sus orígenes, salvando así en sí mismo en el fin lo que había parecido al principio en Adán.

14,2. En cambio si el Señor se encarnó con motivo de alguna otra «economía» y si tomó carne de otra substancia, no recapituló en sí al hombre; ni siquiera a la carne. Porque la carne, propiamente hablando, es lo que sucede a la primera plasmación, hecha del lodo de la tierra: Si el Señor hubiera tenido que sacar de otra substancia la materia de su carne, el Padre hubiera tomado al principio otra substancia para modelar su obra. Ahora bien lo que fue el hombre, que había parecido, eso se hizo Verbo Salvador, haciendo por sí mismo la comunión con él y el logro de la salvación del hombre.

Ahora bien lo que había parecido poseía carne y sangre. Porque Dios, tomando lodo de la tierra, plasmó al hombre<sup>a</sup>, y por este hombre tuvo lugar toda la «economía» de la venida del

14,1 d) Gen. 9,5; e) Gen. 9,6; Mt. 23,35-56. Lc. 11,50-51. — 14,2 a) 2,7.

Señor. Por tanto tuvo también él carne y sangre, para recapitular en sí, no otra obra cualquiera, sino la obra modelada por el Padre al principio, y para buscar lo que se había perdido<sup>b</sup>.

Y por eso el Apóstol dice en la carta a los Colosenses: «Y a vosotros, que fuisteis un día extraños y enemigos en vuestra mente a causa de las malas obras, ahora, en cambio, os reconcilió completamente en el cuerpo de su carne por la muerte, para presentaros limpios e inmaculados e irreprochables ante su presencia»<sup>c</sup>.

«Vosotros habéis sido, dice él, reconciliados en su cuerpo de carne». Porque su carne ha reconciliado precisamente a la carne que estaba cautiva del pecado. Y la ha vuelto a la amistad de Dios.

14,3. Por consiguiente si alguien, según esto, dice que la carne del Señor es diferente de la nuestra, porque la de Él no pecó, ni se encontró engaño en su alma<sup>a</sup>, y en cambio nosotros somos pecadores, habla correctamente. Pero si ese hombre se imagina que la carne del Señor era de una substancia diferente de la nuestra, la palabra del Apóstol referente a la reconciliación perderá a sus ojos todo fundamento. Porque se reconcilia aquello que alguna vez estuvo enemistado. Mas si el Señor tomó carne de otra substancia, ya no se reconcilió con Dios lo que se había enemistado por medio de la transgresión.

Ahora en cambio, por medio de la comunión que tenemos con Él, el Señor ha reconciliado al hombre con el Padre, reconciliándonos consigo por medio de su cuerpo de carne<sup>b</sup> y redimiéndonos con su sangre, según lo que el Apóstol dice a los Efesios: «En el cual hemos conseguido la redención por su sangre, el perdón de los pecados»<sup>c</sup>. Y de nuevo a los mismos: «Vosotros, que en un tiempo estuvisteis lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo»<sup>d</sup>.

14,2 b) Lc. 19,10; c) Col. 1,21-22. — 14,3 a) I. Pedr. 2,22; b) Col. 1,22; c) Ef. 1,7; d) Ef. 2,13.

Y más adelante: «... en su carne ha anulado la enemistad, la ley de los mandamientos formulados en decretos»<sup>c</sup>. Y en toda esta carta atestigua el Apóstol expresamente que hemos sido salvados por la carne y la sangre de Nuestro Señor.

14,4. Por tanto, si son la carne y la sangre las que nos dan la vida, no se puede decir propiamente de ellas que no pueden heredar el reino de Dios<sup>a</sup>, sino de las acciones carnales, de que hemos hablado; que, desviando al hombre hacia el pecado, le privan de la vida.

Por eso el Apóstol dice en su carta a los Romanos: «No reine pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que le obedezcáis: Ni entreguéis vuestros miembros como arna de injusticia al pecado, sino entregaos vosotros mismos a Dios, como resucitados de entre los muertos y vuestros miembros como armas de justicia a Dios»<sup>b</sup>.

Así con los mismos miembros, por medio de los cuales éramos esclavos del pecado<sup>c</sup> y producíamos frutos de muerte<sup>d</sup>, quiere él que seamos esclavos de la justicia<sup>e</sup>, para que llevemos frutos de vida. Por tanto, carísimo, acuérdate que has sido redimido por medio de la carne de Nuestro Señor y adquirido con su sangre; y... uniéndote a la cabeza, por la que todo el cuerpo de la Iglesia «recibe cohesión y crecimiento»<sup>f</sup>, es decir adhiriéndote a la venida carnal del Hijo de Dios; confesando su divinidad y uniéndote firmemente a su humanidad; utilizando también las pruebas sacadas de las Escrituras; destruirás fácilmente, como lo hemos demostrado, todas las opiniones inventadas después por los herejes.

14,2 e) Ef. 2,14-15. — 14,4 a) I Cor. 15,50; b) Rom. 6,12-13; c) Rom. 6,6; d) Rom. 7,5; Rom. 6,19; f) Col. 2,19.

## SEGUNDA PARTE

LA IDENTIDAD DEL DIOS CREADOR Y DEL DIOS  
PADRE, PROBADA POR TRES HECHOS DE LA VIDA  
DE CRISTO. (15-24)**1. La curación del ciego de nacimiento (15-16,2)***a) La resurrección prometida por el Dios Creador (15,1)*

15,1. Mas como el que ha creado al hombre al principio le ha prometido un segundo nacimiento, después de su descomposición en la tierra, dice así Isaías: «Los muertos resucitarán y los que están en las tumbas se levantarán y los que están en la tierra se regocijarán; porque el rocío, que viene de tí, es curación para ellos»<sup>a</sup>. «Yo os consolaré, y seréis consolados en Jerusalén, vosotros veréis y vuestro corazón se alegrará y vuestros huesos reverdecen como la hierba, y la mano del Señor se dará a conocer a los que le honran»<sup>b</sup>.

Ezequiel dice por su parte: La mano del Señor estuvo sobre mí, me trasladó por medio de su espíritu y me colocó en medio de la vega, que estaba llena de huesos: Hízome pasar por ellos en todas las direcciones: Era una cantidad inmensa a lo largo de la vega y estaban completamente secos. Y me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?. Yo le respondí: «Señor, tú lo sabes». Y me dijo: Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos resecos, escuchad la palabra del Señor! Así habla el Señor a estos huesos: Yo haré que entre de nuevo el Espíritu y reviviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os echaré encima la piel y os infundiré el Espíritu y viviréis y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me había ordenado el Señor y he aquí que, mientras profetizaba, hubo un terremoto, y los huesos se juntaron unos a otros. Miré y vi aparecer sobre ellos los nervios, crecer la carne y recubrirse todo de piel: pero no tenían

el Espíritu de vida. Entonces me dijo él: «Profetiza al Espíritu, hijo de hombre, y dí al Espíritu: Así habla el Señor: ven, Espíritu, de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que revivan. Profeticé como el Señor me había ordenado. Y el Espíritu entró en aquellos huesos, que se reanimaron y se pusieron en pie: era una cantidad inmensa»<sup>c</sup>. Y continúa más adelante: «Así habla el Señor: Mirad, yo abriré vuestras tumbas, os haré salir de vuestros sepulcros y os llevaré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestros sepulcros, pueblo mío: Infundiré en vosotros mi Espíritu, y reviviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo soy el Señor. Lo digo y lo hago, declara el Señor»<sup>d</sup>.

Así pues, el Creador vivifica ya aquí abajo nuestros cuerpos mortales<sup>e</sup>, como se puede ver; prometiéndoles al mismo tiempo la resurrección y la salida fuera de los sepulcros y de las tumbas, y otorgándoles la incorruptibilidad, —porque dice, «sus días serán como el árbol de la vida»<sup>f</sup>—; se manifiesta como único Dios este Creador, que hace cosas, y es al mismo tiempo el Padre bueno que, por pura bondad, otorga la vida a los seres que no la poseen por sí mismas.

*b) La curación del ciego de nacimiento, revelación de la acción creadora del Verbo en los orígenes de la humanidad*

15,2. He aquí por qué manifestó el Señor muy claramente a sus discípulos quién era él y quién su Padre, para que no buscaran a otro Dios diferente de Aquél que plasmó al hombre y le dió el aliento de vida<sup>a</sup>, ni llegarán a tal exceso de locura de imaginarse falsamente a otro Padre superior al Creador. En efecto, el Señor curaba de palabra a todos aquellos enfermos, a quienes les sobrevenían enfermedades a causa de alguna trasgresión suya.

15,1 c) Ez. 37,1-10; d) Ez. 37,12-14; e) Rom. 8,11; Is. 65,22. — 15,2 a) Gen. 2,7.

Por este motivo les decía: «Mira que has sido curado. No peques más, para que no te suceda algo peor<sup>b</sup>, dando a entender que a causa del pecado de desobediencia las enfermedades han perseguido a los hombres. En cambio al que era ciego de nacimiento, ya no de palabra, sino por obra restituyó la vista, no realizando esto en vano y por casualidad, sino para mostrar la mano de Dios que, al principio, había modelado al hombre. Por eso a los discípulos que le preguntaban: ¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Jesús contestó «No pecó ni éste ni sus padres, sino para que resplandezcan en él las obras de Dios»<sup>c</sup>. Mas las obras de Dios son la plasmación del hombre. Realizó esta plasmación por medio de una acción, tal como dice la Escritura: «Y tomó Dios barro de la tierra, y plasmó al hombre»<sup>d</sup>. Por eso el Señor escupió en tierra, formó lodo y untó con ello los ojos del ciego<sup>e</sup>, mostrando así la manera como había tenido lugar la antigua plasmación y haciendo ver, a los que eran capaces de comprender, la Mano de Dios, por la que el hombre había sido modelado a partir del lodo. Porque el Verbo artífice completó a la luz del día lo que había dejado de modelar en el seno materno, «para que resplandecieran en ello las obras de Dios»<sup>f</sup> y para que no buscáramos ni otra mano por la que hubiera sido plasmado el hombre ni otro Padre, sabiendo que la Mano de Dios, que nos modeló al principio y nos modela en el seno materno, es la misma Mano, que nos ha buscado últimamente, cuando estábamos perdidos<sup>g</sup>, y ha recobrado la oveja perdida y, cargándola sobre sus hombros la ha restituido con alegría al rebaño de la vida<sup>h</sup>.

15,3. Mas, como el Verbo de Dios nos modela en el seno materno, dice a Jeremías: «Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocí; antes que salieras del seno, te consagré; te constituí como profeta de las gentes»<sup>a</sup>. Y Pablo dice del mismo modo: «Mas cuando plugo al que me eligió desde el vientre de mi madre, a fin de que lo anunciase entre los gentiles»<sup>b</sup>. Así pues,

15,2 b) Jn. 5,14; c) Jn. 9,3; d) Gen. 2,7; e) Jn. 9,6; f) Jn. 9,3; g) Lc. 19,10; h) Lc. 15,4-6. — 15,3 a) Jer. 1,5; b) Gal. 1,15.16.

de la misma manera que somos modelados por el Verbo en el seno materno, así ese mismo Verbo fue el que modeló los ojos del ciego de nacimiento; haciendo así aparecer a la luz del día al que nos modela en secreto, porque el Verbo en persona se había hecho visible a los hombres, y haciendo conocer también la antigua plasmación de Adán: es decir cómo había sido hecho y por qué Mano había sido modelado, haciendo ver el todo con la ayuda de la parte; porque el Señor, que modeló los ojos, era el mismo que había modelado a todo el hombre, siguiendo la voluntad del Padre.

Y, puesto que en esta carne modelada, según Adán, el hombre había caído en la transgresión y necesitaba el baño de regeneración<sup>c</sup>, el Señor, después de untarle los ojos de lodo, dice al ciego de nacimiento: «Vete a lavarte a la piscina de Siloé»<sup>d</sup>, otorgándole así simultáneamente la plasmación y la regeneración por medio del baño: Y así después de lavarse, volvió viendo<sup>e</sup>, para conocer a su Plasmador y aprender quién era el Señor que le había devuelto la vida.

c) *Una sola tierra, un sólo Dios, un sólo Verbo*

15,4. Por tanto yerran los discípulos de Valentín, cuando dicen que el hombre no fue modelado de esta tierra, sino de una materia fluida y difusa. Porque es cosa manifiesta que el Señor modeló los ojos del ciego de nacimiento con el mismo barro con que al principio había modelado al hombre. Porque no era lógico modelar los ojos de una materia y el resto del cuerpo con otra; como tampoco es lógico que uno haya plasmado el cuerpo y otro los ojos. Sino que el mismo que al principio había modelado a Adán, y a quien el Padre había dicho: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»<sup>a</sup>, en los últimos tiempos, manifestándose a sí mismo a los hombres, modeló los ojos del que salido de Adán, era ciego de nacimiento. Y por esta razón la Escritu-

ra, queriendo declarar el porvenir, refiere que, en el momento en que Adán se escondió a causa de su desobediencia, el Señor vino donde él por la tarde y le llamó para preguntarle: ¿Dónde estás?<sup>b</sup> Y esto porque, en los últimos tiempos, el mismo Verbo de Dios ha venido a llamar al hombre, para recordarle «sus obras»<sup>c</sup>, entre las cuales vivía el hombre, escondido a los ojos de Dios.

Porque de la misma manera que en otro tiempo Dios llamó a Adán al atardecer, buscándole con insistencia, así en los últimos tiempos por medio de la misma voz, ha visitado al linaje de Adán para buscarle.

16,1. Y que la plasmación de Adán fue realizada de esta tierra nuestra lo atestigua la Escritura, cuando refiere las palabras de Dios a Adán: «Tú comerás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra de donde has sido tomado»<sup>a</sup>. Por tanto si nuestros cuerpos vuelven a una tierra diferente después de la muerte, se sigue que es de ella de donde nuestros cuerpos traen su origen. Mas si vuelven a esta misma tierra, es evidente que la plasmación de Adán ha sido realizada de ella, tal como lo manifestó el Señor formando de esta tierra los ojos del ciego de nacimiento. Por tanto si ha sido mostrada de manera precisa la Mano de Dios, por la que fue plasmado Adán, y hemos sido plasmados también nosotros, y como sea uno sólo y el mismo el Padre, cuya voz está presente desde el principio hasta el fin a la obra modelada por ella, y si en fin la substancia de esta obra modelada, que somos nosotros, ha sido claramente indicada en el Evangelio; ya no es preciso buscar a otro Padre fuera de éste, ni otra substancia de nuestra obra modelada fuera de la ya dicha y que ha sido manifestada por el Señor, ni otra mano de Dios fuera de ésta, que desde el principio hasta el fin nos modela, nos prepara para la vida, está presente a su obra y la perfecciona a imagen y semejanza de Dios<sup>b</sup>.

16,2. La verdad de todo esto se manifestó cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose a sí mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a sí, para que, por la semejanza con el Hijo, el hombre se hiciera valioso a los ojos del Padre. En tiempos pasados, en efecto, se decía bien que el hombre había sido hecho a imagen de Dios, mas no se podía demostrar; porque todavía era invisible el Verbo, a cuya imagen había sido hecho el hombre; y por eso precisamente perdió también fácilmente la semejanza.

Mas cuando el Verbo de Dios se hizo carne<sup>a</sup>, ratificó ambas cosas: hizo aparecer en toda su realidad, haciéndose él mismo su propia imagen, y restableció la semejanza de manera estable, haciendo al hombre completamente semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

## 2. La Crucifixión

*La desobediencia perpetrada en el árbol reparada por la obediencia observada sobre el árbol*

16,3 El Señor se ha dado a conocer a sí mismo y a su Padre, no sólo por lo que acabamos de decir, sino también por su pasión: Porque para destruir la desobediencia del hombre, que tuvo lugar al principio en el árbol, «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»<sup>a</sup>, curando así, por medio de la obediencia en el árbol, la desobediencia ocurrida en el árbol. Ahora bien no hubiera venido a destruir, por medio de las mismas cosas, la desobediencia cometida contra el Creador, si fuera verdad que anunciaba a otro Padre.

Mas en realidad por las mismas causas, por las que hemos sido desobedientes a Dios e incrédulos a su palabra, ha introdu-

cido él la obediencia a Dios y el asentimiento a su palabra; por ello nos hace ver ostensiblemente al mismo Dios, que hemos ofendido en el primer Adán, al no observar su mandamiento, y con quien hemos sido reconciliados en el segundo Adán, hechos obedientes hasta la muerte. Porque nosotros no éramos deudores más que de aquél cuyo mandamiento quebrantamos al principio.

*La remisión de los pecados otorgada por aquél mismo de quien éramos deudores*

17,1. Ahora bien el Demiurgo (Creador) es el que: por su amor es nuestro Padre; nuestro Señor, por su poder; y por su sabiduría, nuestro Autor y Plasmador, de quien nos hicimos enemigos al quebrantar su mandamiento. Y por eso en los últimos tiempos el Señor nos ha restablecido en su amistad por medio de su encarnación: «hecho mediador entre Dios y los hombres»<sup>a</sup>, ha propiciado en nuestro favor a su Padre, contra quien habíamos pecado y ha hecho olvidar nuestra desobediencia con su obediencia, y nos ha otorgado la gracia de la conversión y de la sumisión a nuestro Autor. Precisamente por eso nos ha enseñado a decir en nuestra oración: «Perdónanos nuestras deudas»<sup>b</sup>. Sin ninguna duda porque éste es nuestro Padre<sup>c</sup>, de quien éramos deudores por haber quebrantado su mandamiento. Ahora bien ¿quién es éste? ¿Acaso un Padre desconocido que no ha dado jamás a nadie ningún precepto? ¿O el Dios predicado por las Escrituras, de quien éramos deudores por haber quebrantado su precepto? Ahora bien este precepto había sido dado al hombre por el Verbo: «Adán, dice en efecto la Escritura, oyó la voz del Señor Dios»<sup>d</sup>. Por tanto con razón el Verbo de Dios dice al hombre: «Tus pecados te son perdonados»<sup>e</sup>. Otorgando así, en el fin, el perdón de los pecados aquél mismo, contra quien habíamos pecado al principio.

17,1 a) I Tim. 2,5; b) Mt. 6,12; c) Mt. 6,9; d) Gen. 3,8; e) Mt. 9,2. Lc. 5,20; f) Lc. 1,78.

En cambio, si el precepto que quebrantamos era de uno, y otro diferente el que dice: «Tus pecados te son perdonados», este último no es ni bueno, ni veraz, ni justo. ¿Cómo puede ser bueno quien no da de lo suyo? O ¿Cómo pueden ser realmente perdonados los pecados, si no otorga el perdón aquel mismo, contra quien pecamos, «por obra de las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las cuales nos visitó por medio de su Hijo»?

17,2. Por eso también después de haber sido curado el paralítico, dice la Escritura, «viendo esto las gentes, temieron y glorificaron a Dios, que dió tal poder a los hombres»<sup>a</sup>. Por tanto ¿a qué Dios glorificaron los circunstantes? ¿Al «Padre desconocido» imaginado por los herejes? Mas ¿cómo glorificarán al que era totalmente desconocido por ellos? Por tanto es evidente que los Israelitas glorificaban al que por la ley y los profetas había sido predicado como Dios, quien es también el Padre de nuestro Señor; y por eso enseñaba éste a los hombres con sinceridad, por medio de los milagros que hacía, a dar gloria a Dios<sup>b</sup>. Si hubiera venido él de un Padre y los hombres, que veían sus milagros, estaban glorificando a otro Padre diferente, estaba él haciendo a los hombres desagradecidos con aquel Padre que había enviado las curaciones.

Pero como el Hijo unigénito había venido de parte del verdadero Dios, para la salvación de los hombres, e invitaba a los incrédulos, por los milagros que hacía, a dar gloria a su Padre, y a los fariseos, que no acogían la venida del Hijo de Dios y que, por esta razón, no creían en la remisión de los pecados realizada por él, decía: «Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar pecados»<sup>c</sup>, ordenó al paralítico que tomara la camilla sobre la que se recostaba y marchara a su casa<sup>d</sup>. Por la realización de este milagro dejaba Él confundidos a los incrédulos, y daba a entender que era él mismo la Voz de Dios por medio de la cual había recibido el hombre los mandamientos; que éste los

17,2 a) Mt. 9,8; b) Luc. 17,18; c) Mt. 9,6; d) Mt. 9,6.

transgredió y se hizo pecador por ello; la parálisis fue consecuencia de los pecados.

17,3. Así, perdonando los pecados, el Señor no sólo curó al hombre, sino que se reveló también ostensiblemente quién era. En efecto, si nadie puede perdonar los pecados, sino sólo Dios<sup>a</sup>, y el Señor los perdonaba y curaba a los hombres, es evidente que Él era el Verbo de Dios, hecho Hijo del hombre, que recibió del Padre el poder de perdonar los pecados, como hombre y como Dios, a fin de que si como hombre padeció con nosotros, como Dios se compadezca de nosotros, y nos perdone las deudas<sup>b</sup>, que hemos contraído con nuestro Dios.

Por eso predijo David: «Dichosos aquellos cuyas culpas son absueltas y cubiertos sus pecados; dichoso el hombre a quien el Señor no imputó falta»<sup>c</sup>, haciendo conocer así de antemano la remisión de los pecados que proporcionó la venida del Señor, esa remisión por la cual «destruyó el documento», que atestiguaba nuestro delito, «y lo clavó en la cruz»<sup>d</sup>, a fin de que, de la misma manera que nos hicimos deudores a Dios por medio del Árbol, recibamos también por medio del árbol la remisión de nuestra deuda.

### *La «economía» del árbol prefigurada por Eliseo*

17,4. Esto mismo se mostró de una manera simbólica, entre otros muchos, en la persona del profeta Eliseo. Cuando los profetas, que estaban con él, cortaban madera para edificar su tabernáculo, se les cayó en el Jordán el hierro desprendido del hacha y les fue imposible recuperarlo. Al llegar Eliseo al lugar, enterado de lo ocurrido, arrojó un palo al agua.

Al poco tiempo apareció flotando en el agua el hierro del hacha, y recogieron de la superficie del agua lo que antes habían

17,3 a) Lc. 5,2; b) Mt. 6,12; c) Ps. 31,1-2; Rom. 4,8; d) Col. 2,14.

dejando escapar<sup>a</sup>. Por este hecho daba a entender el profeta que el vigoroso Verbo de Dios, que habíamos perdido en el árbol a causa de nuestra negligencia, y que no lo encontrábamos, lo íbamos a recuperar de nuevo por medio de la «economía» del árbol.

Que el Verbo de Dios sea semejante a un hacha lo atestigua Juan el Bautista, cuando dice: «Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles»<sup>b</sup>; también Jeremías dice de la misma manera: «La Palabra del Señor es como un hacha de dos filos que deshace la roca»<sup>c</sup>. Así pues el Verbo, que nos había sido escondido, nos ha sido manifestado, como acabamos de decir, por la «economía» del árbol. Porque, como lo perdimos en el árbol, se ha hecho otra vez visible a todos en el árbol, haciendo ver cuál es su altura, su longitud y su anchura<sup>d</sup>, y, tal como dijo uno de los ancianos, reuniendo por medio de las manos extendidas los dos pueblos para un sólo Dios. Había en efecto dos manos, porque eran dos los pueblos esparcidos hasta las extremidades de la tierra<sup>e</sup>; mas en el centro no había más que una sola cabeza, porque no hay más que un sólo Dios, que está sobre todos, por todos y en todos nosotros<sup>f</sup>.

### *El Verbo sostenido por su propia creación*

18,1. El Señor realizaba esta prodigiosa «economía» no por medio de una creación ajena, sino con la ayuda de su propia creación; no por medio de cosas que provenían de la ignorancia y de la deficiencia, sino por medio de cosas salidas de la sabiduría y del poder de Dios. Porque ni era injusto, para codiciar los bienes ajenos, ni indigente para no poder producir la vida en los suyos con la ayuda de lo que es propio, utilizando su creación para la salvación del hombre. Porque la creación de ninguna manera hubiera podido sostenerle, si hubiera sido un producto de la ignorancia y de la deficiencia. Ahora bien, que el Verbo de Dios en persona, después de su Encarnación, ha sido colgado de un made-

17,4 a) Rey. 6,1-7; b) Mt. 3,10; c) Jer. 23,29; d) Ef. 3,18; e) Is. 11,12; f) Ef. 4,6.

ro lo hemos manifestado hasta la saciedad, y los herejes mismos confiesan la Crucifixión. Por tanto ¿de qué manera el producto de la ignorancia y de la deficiencia pudo soportar al que encierra en sí el conocimiento de todas las cosas y que es verdadero y perfecto? O ¿cómo una creación separada del Padre y considerablemente alejada de él pudo soportar a su Verbo? Mas si esta misma creación fué hecha por los ángeles, ya sea ignorando, ya conociendo al Dios que está sobre todas las cosas, cuando dijo el Señor: «Yo estoy en el Padre y el Padre en mí» ¿cómo la obra de los ángeles pudo soportar al mismo tiempo al Padre y al Hijo? contener al que encierra en sí a todo el Pleroma? Siendo imposible todo eso y no ofreciendo la menor garantía, solamente es verdadero el mensaje de la Iglesia, a saber que la propia creación de Dios, salida del poder, del arte y de la sabiduría de Dios, ha sostenido a Dios; porque, si esa creación en lo invisible es sostenida por el Padre, en cambio en lo visible ella soporta al Verbo del Padre.

Y ésta es la verdad.

18,2. Porque el Padre sostiene a la vez a la creación y a su Verbo; Y el Verbo, sostenido por el Padre, da el Espíritu a todos, tal como lo quiere el Padre: a unos, por la creación, da el espíritu, propio de la creación, o sea su hechura; a otros, por adopción da el Espíritu, procedente del Padre, que es su generación. Y así se manifiesta «un sólo Padre, que está sobre todos y en todos»<sup>a</sup>. «Por encima de todos el Padre, quien es la cabeza de Cristo»<sup>b</sup>; a través de todos el Verbo, quien es la cabeza de la Iglesia<sup>c</sup>; en todos nosotros el Espíritu, que es el agua viva otorgada por el Señor a los que creen en él<sup>d</sup> con rectitud, le aman y saben que no hay más que «un sólo Padre, que está por encima de todos y en todos nosotros»<sup>e</sup>.

18,2 a) Ef. 4,6; b) I Cor. 11,3; c) Ef. 5,23. Col. 1,18; d) Jn. 7,39; e) Ef. 4,6.